

directamente con las cosas exteriores, toma posesión de ellas, se las asimila, las *percibe* en una palabra; ó bien el espíritu no tiene percepción más que de sus propios estados psicológicos, de sus sensaciones, que, sin representar las cosas, serían á modo de signos con cuya interpretación construimos el mundo. El mundo no sería así percibido directamente, sino elaborado por nuestro espíritu, proyectando al exterior sus representaciones internas (teoría asociacionista, ó de la *ilusión*: Hume, St. Mill, Taine) ó por una inferencia racional ó interpretación causal (Descartes) (1).

Partiendo Descartes de su famoso *Cogito*, según el cual lo primero conocido por el espíritu es el espíritu mismo, y todo otro conocimiento ha de derivar de este primero (2), intenta explicar nuestras ideas de realidad exterior por un razonamiento causal: yo siento que mis sensaciones son efectos reales cuyas causas no están en mí; luego fuera de mí hay realidades que son causas de mis sensaciones. En buena lógica esto se llama *ignoratio elenchi*. Porque esta argumentación serviría, á lo más, para demostrar *racionalmente* que dada la objetividad inherente á nuestras sensaciones y la creencia en su realidad, estas objetividad y creencia son fundadas. Pero no es esta la cuestión: se trata de saber de

(1) Cfr. A Farges: *L'objectivité de la perception des sens externes et les théories modernes*, París, 5ª ed., 1908.— Véase también el trabajo de H. Dehove: *Sur la perception exterior*, en la *Rev. de Phil.* Oct. y Noviembre de 1906, y *Ener.* y Febr. de 1907.

(2) En la filosofía cartesiana. *totus componitur orbis ad exemplum spiritus*; por consiguiente, el *cogito ergo sum res cogitans*, equivale á este otro: *cogito ergo sunt res cogitatae*. «Lo único dice Descartes en su *Discurso del método*— que me había llevado á creer en la existencia de cosas materiales, es que encontrando sensaciones en mí, que no dependen de mi voluntad, había sido conducido de aquí á suponer que estas dependían de causas exteriores.»—Hase de advertir que aquí Descartes se refiere á la cuestión *psicológica* de nuestra creencia en el mundo exterior, no á la cuestión filosófica del valor de esa creencia ó de la existencia del mundo, que funda en otras razones metafísicas.

dónde vienen el carácter de objetividad y exterioridad que atribuimos á algunas de nuestras sensaciones—no á todas—, como un hecho natural, espontáneo, anterior á toda reflexión y aplicación de principio alguno. La experiencia universal, en efecto, atestigua que la sensación es una intuición pasiva, donde no interviene razonamiento de ninguna clase. El sentido no razona; ve, percibe, y nada más. El animal y el niño, cuando en éste aún no ha despertado la razón, sienten y perciben y proyectan al exterior los objetos de sus sensaciones, lo mismo que el hombre. Podrá en serio decirse que lo hacen por un *razonamiento inconsciente* (Helmholtz)? ¿Y qué sería un razonamiento en que no interviene de hecho la razón?

Por otro lado, el postulado cartesiano contradice á la experiencia. El *primum cognitum*, el dato primero en la sensación no es la conciencia de sí y de los estados subjetivos como tales, sino la multiplicidad de formas objetivas reveladas á la conciencia. El conocimiento de los estados subjetivos, como tales, requiere condiciones de reflexión y cultura, patrimonio de ciertos seres privilegiados: para la inmensa mayoría de los hombres no hay más que un mundo objetivo, compuesto de seres extensos, coloreados, coexistiendo en un espacio de tres dimensiones. Espontáneamente, pues, y en su origen, el dato primero de la percepción es el lado objetivo y de exterioridad, no el subjetivo (1).

(1) Spencer ha visto claro en este punto, á pesar de no encuadrar bien en su teoría general asociacionista. «El postulado—dice—que sirve de punto de partida al razonamiento *metafísico* (entiéndase *idealista*), es que primitivamente no tenemos conciencia más que de nuestras sensaciones, que estamos ciertos de tenerlas, y que si hay alguna cosa más allá de ellas que pueda ser su causa, esta cosa no puede ser conocida más que por inducción, partiendo de estas sensaciones. Sorprendería grandemente al lector metafísico (léase *idealista*) el que yo pusiera en duda este postulado, y su sorpresa subiría de grado si le negara rotundamente. Esto es lo que debo hacer. Limitando la proposición á los estados de conciencia epiperiféricos que son producidos en nosotros por los objetos exteriores (porque

6.—Para el empirismo (Hume, St. Mill, Bain, Taine, etcétera), nuestra idea de realidad exterior no es debida á una percepción de esta realidad, ni á una concepción racional, sino á la *asociación*: el espíritu *construye* el mundo objetivo con representaciones subjetivas, por una especie de *alucinación natural*.

Ilusión ó alucinación es la proyección al exterior de estados interiores y puramente psicológicos; las representaciones aparecen como objetos destacados de la conciencia, como conjunto de formas de espacio, de resistencia, de duración, de color, etc., produciendo en nosotros la creencia en su existencia independiente. En el sueño la conciencia vive de ilusiones que toma por realidades; la vida sería á manera de sueño continuado sin despertar, cuyas representaciones diferirían solamente de las del sueño en su mayor regularidad y coherencia; pero el fundamento de nuestra creencia en la realidad de los objetos de nuestras percepciones sería el mismo en ambos casos: la tendencia ó cualidad inherente de las representaciones á destacarse del sujeto y aparecer como objetos independientes. Ya Leibniz había dicho que: «nuestras percepciones no son más que sueños bien coordinados.» Y antes había escrito Descartes en su *Discurso del método*: «Cuando reflexiono sobre esta idea (de la semejanza de las ilusiones del sueño con las percepciones de la vigilia), veo tan claramente que no hay indicios ciertos por donde puede distinguir la vigilia del sueño que me tiene asombrado; y á tal grado llega mi asombro, que soy capaz de persuadirme que estoy soñando.»

Es preciso reconocer aquí un gran fondo de verdad. La

de éstos únicamente se trata), no veo otra solución sino afirmar que hay un objeto exterior. En lugar de admitir que el conocimiento primordial é incontestable es la existencia de una sensación, afirmo, al contrario, que la existencia de una sensación es una hipótesis que no puede formarse antes de ser conocida la existencia externa...» *Principes de Psychologie*, trad. franc., t. II, pág. 386.

escuela asociacionista ha puesto en claro, con sus delicados análisis psicológicos, la parte importantísima que al coeficiente subjetivo corresponde, á la imaginación sobre todo, en las percepciones, rectificando las ilusiones de la conciencia y del sentido común. El análisis de las percepciones descubre numerosos elementos imaginarios que el sentido común tiene como venidos de la realidad. Bajo el estímulo de las impresiones sensoriales es excitada la actividad imaginativa, que avanza hacia la sensación hasta colocarse en el mismo plano; y es tanta la compenetración de muchos de estos elementos imaginarios con la percepción real, que la conciencia los identifica y objetiva con igual intensidad. El trabajo de asociación y de creación de hábitos psicológicos con que el espíritu completa é interpreta las impresiones reales es inmenso. Si tratáramos de depurar nuestras impresiones actuales, separando en ellas lo que la conciencia pone de experiencias y hábitos interiores, y lo que es trabajo efectivo de los sentidos, resultaría este último tan imperfecto, informe y elemental, que sería del todo inútil para la vida. ¿Pero se sigue de aquí que la conciencia no viva más que de ilusiones? ¿No hay en toda percepción un elemento, por insignificante que quiera suponérsele, que no procede de la actividad exclusiva de la conciencia, y que es causa determinante del proceso asociativo? Y aún los elementos que la conciencia asocia á la impresión sensorial, ¿no se prolongan también por su parte en la realidad? Porque es un hecho de experiencia evidente, que el espíritu no crea nada enteramente nuevo, todas sus formas representativas, imaginarias ó ideales, toda la riqueza mnésica provienen de percepciones reales; á poco que se ahonde en el análisis de nuestro edificio mental, se descubre que todo él está construido con materiales tomados de la experiencia real; y por ser pasadas estas experiencias no encierran menos realidad que las de la percepciones actuales.

7.—Rabier expone así con detalles precisos la teoría de la *alucinación verdadera* de Taine, que hace suya. Comienza por reconocer que la teoría *percepcionista* se adapta plenamente á los hechos, y explicaría perfectamente la idea del mundo exterior... ¡si no fuera imposible! ¿Fundamento de esta pretensa imposibilidad? Un prejuicio nada más, el postulado subjetivista, que ni está demostrado ni es demostrable. Los cerebros contemporáneos sienten horror invencible á todo realismo, y más si este realismo es el del sentido común.

«Es necesario—dice Rabier—buscar el origen de nuestra representación del mundo, no fuera de la conciencia, en una realidad que concebiríamos como causa de la sensación, sino al contrario, en la naturaleza misma de la sensación interior, en una especie de *ilusión ó alucinación*, que destacando del yo los propios fenómenos del yo mismo, los proyecta fuera de sí en el espacio, dándoles la apariencia de *objetos*. La percepción de los objetos externos no es real, solamente es real la *apariencia*; todos, en efecto, creemos percibir objetos distintos de nosotros mismos. Y de la misma manera que la percepción real, si ésta fuera posible explicaría perfectamente la idea del mundo exterior, así también la simple apariencia de la percepción debe por la misma razón bastar para explicar esta idea. Por consiguiente, explicando esta apariencia, ó sea la ilusión por la cual nuestras propias sensaciones objetivándose parecen constituir para nosotros *objetos de percepción*, habremos dado, sin contestación posible, una explicación plenamente satisfactoria de la idea del mundo exterior.» (1).

Trata de explicar luego cómo el espíritu construye estas apariencias ó ilusiones, de donde nace primero la idea de nuestro propio cuerpo; y después, tomando como base ó centro la imagen total del cuerpo, la idea del mundo que nos rodea. «La primera idea de nuestro propio cuerpo re-

(1) *Psychologie*, pág. 418.

sulta de las sensaciones musculares que acompañan al esfuero motor, y toman naturalmente la forma de extensión. Al principio, este esfuero general que constituye el estado de vigilia nos da una infinidad de sensaciones musculares vagas y confusas, de donde resulta la intuición vaga y confusa de una extensión continua que parece adherirse á la conciencia y constituye una á modo de envoltura exterior. A este esfuero general suceden esfueros particulares, precisos, determinados, de donde resultan tales ó cuales movimientos. Por estos esfueros particulares llegamos á distinguir las diversas partes de esta extensión continua. Con los movimientos de los brazos y las piernas, las intuiciones musculares correspondientes adquieren mayor relieve, y por consiguiente, también sus relaciones de posición en la extensión total de nuestro cuerpo aparecen más claras y distintas. Así se forma la *primera idea* de nuestro cuerpo y la distinción de sus diversas partes.

«En segundo lugar, el sentido del tacto viene á asociarse al sentido muscular, y hace esta representación *más concreta*. Todo movimiento, es decir, toda modificación de la impresión muscular va acompañada de una impresión de modificación táctil, y así las dos impresiones se unen mutuamente en la conciencia. Más tarde las imágenes visuales se asociarán á las táctiles y musculares, porque cada movimiento de mis manos, por ejemplo, en el campo de visión, produce una modificación de sensación óptica, y estas variaciones concomitantes hacen que se relacione esta sensación óptica á la representación muscular y táctil de las manos, como á su causa. Así se agrupan y *organizan* los tres órdenes de sensaciones extensivas. Y así llegamos á adquirir de nuestro cuerpo una representación concreta, precisa y detallada» (1).

Sin dificultad suscribimos á la exposición anterior. Nuestra idea general del propio cuerpo y también del mundo

(1) *Ibid.*, págs. 425 y 426.

que nos rodea, es debida á la asociación habitual y permanente de sensaciones, imágenes é ideas en el tiempo y en el espacio. La asociación es ley fundamental de la conciencia, como la atracción es ley universal del mundo físico. Pero la asociación supone los fenómenos, no los crea; supone las sensaciones y representaciones, sin las cuales es una fórmula vacía. Antes de saber cómo se agrupan los elementos psicológicos que constituyen nuestra representación del mundo, es necesario averiguar de dónde vienen esos materiales: si de una percepción ó asimilación de la realidad, ó nacen espontáneamente en la conciencia independientes de esta realidad. Porque el resultado de la asociación no puede ser de distinta naturaleza que los elementos asociados, y si éstos son fenómenos puros de conciencia, la asociación no puede convertirlos ó hacerlos aparecer como realidades. Todas las combinaciones posibles de elementos subjetivos no pueden dar ni siquiera la apariencia de realidad objetiva. Las leyes de la asociación, por consiguiente, servirán para explicar el modo de formarse nuestra representación del mundo, pero en manera alguna pueden explicar el origen, la adquisición de los elementos que constituyen esa representación; tanto valdría como pretender la construcción de un edificio sin materiales. La idea total de nuestro cuerpo es un resultado de la organización de sensaciones musculares, táctiles y visuales; ¿pero y estas sensaciones son percepciones de un cuerpo real, que existe ocupando una parte del espacio, ó no hay más realidad que la sensación con que falsamente creemos percibirle? He aquí la cuestión que la teoría asociacionista no resuelve ni puede resolver; porque una de dos: ó se supone que hay verdadera percepción y las sensaciones comunican con la realidad objetiva, como es la de nuestro cuerpo, ó no hay más que fenómenos subjetivos sin comunicación posible con esta realidad, y entonces no se explica cómo aparece á la conciencia con realidad exterior á ella.

Se intenta resolver esta dificultad por la ley del contraste entre las sensaciones extensivas, como las musculares, tácti-

les y visuales, y las puramente interiores, como el placer y el dolor, las tendencias, etc., que no tienen forma extensiva; las primeras son localizables fuera de la conciencia, afectando una forma objetiva. ¿Pero cómo es posible la localización y objetivación de fenómenos que ni ocupan lugar ni contienen elemento alguno objetivo? ¿De dónde viene el carácter extensivo de las sensaciones visuales, táctiles y musculares, si se supone que no tengo un cuerpo extenso que es causa de estas sensaciones, si no hay verdadera percepción de la extensión real y objetiva que constituye mi cuerpo? Llevada á este último límite, donde está el nudo de la cuestión, ésta no tiene solución posible. En el postulado subjetivista el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo, de la conciencia á la realidad, aunque esta realidad sea la de nuestro propio cuerpo, es imposible. La idea de exteriorización y objetivación que acompañan á todas nuestras sensaciones é imágenes de nuestro cuerpo y del mundo exterior, no puede resultar de las leyes de asociación, si ninguno de los elementos asociados contiene aquella idea.

Veamos ahora cómo sobre la ilusión de nuestro cuerpo como centro, constituye el subjetivismo la ilusión del mundo exterior; es decir, que una ilusión sirve aquí de base á otra ilusión. «Toda la cuestión se reduce á explicar cómo llegamos á destacar de nuestros órganos sensoriales, de nuestro ojo y de nuestra mano, las impresiones ópticas y táctiles que primero parecían modificaciones de estos órganos. Esta proyección exterior es debida á la asociación de aquellas impresiones con la idea de un movimiento realizado, es decir, de una distancia recorrida. Así procede el ciego después de la operación de las cataratas... Todos nosotros procedemos de la misma manera al principio de la vida, con esta dificultad más, que no es solamente la educación de un sentido, sino de todos á la vez, la que nos es necesario realizar. Consideremos el niño: no cesa de mover sus manos, sus brazos, ó todo el cuerpo, movimientos que le hacen experimentar diversas sensaciones, táctiles ó visuales. Y como estas sen-

saciones varían constantemente con los movimientos realizados, se asocian bien pronto á la idea de estos movimientos, es decir, á la idea de *distancias é intervalos*. Y esta es la razón de que tales sensaciones sean objetivadas, quedando roto el lazo que las unía al yo. — Tal es el origen de la idea del mundo exterior, escribe Rabier. «De esta teoría, añade, resulta que la creencia en la existencia del mundo exterior está fundada sobre una *ilusión natural*; es, según la frase de Taine, *una alucinación*. Es decir, que esta creencia está en sí misma mal fundada. Por consiguiente, la prueba de la existencia del mundo exterior no puede fundarse en esta creencia natural. En el caso de ser aquélla posible, se seguiría que esta *ilusión* fundamental que da origen á la idea de un mundo exterior, equivale á un *conocimiento*, y que esta alucinación, falsa en sí misma, como toda alucinación (puesto que nos hace tomar por una cosa externa lo que en sí no tiene más realidad que la interna), puede llegar á ser verdadera por una feliz coincidencia, ó como dice Aristóteles, *por accidente*. Por ejemplo, el libro que yo creo percibir está constituido por un grupo de sensaciones proyectadas fuera de mí. Pero sucede que, en efecto, fuera de mí hay un libro real que, si no es en sí y de todo punto semejante á la representación que yo tengo de él, es, por lo menos, la condición necesaria de esta representación.» (1).

Confesamos no comprender cómo una cosa puede ser condición real y efectiva y menos necesaria de otra, cuando las dos existen y se producen con absoluta independencia una de otra. No se explica, en el supuesto de la incomunicación absoluta de la conciencia con la realidad objetiva, cómo ésta pueda ser condición necesaria de la primera. ¿No es esto una contradicción *in terminis*? Si no hay otro medio de llegar nuestro espíritu al conocimiento de la realidad que por las sensaciones, y éstas no alcanzan á ella, ¿quién nos

(1) *Ibid.*, pág. 422.

garantiza que los objetos corresponden en parte ni en nada al conocimiento que creemos tener de ellos?

La asociación, en este caso del conocimiento del mundo lo mismo que en el anterior de nuestro propio cuerpo, explica cómo se desenvuelve y perfecciona aquel conocimiento. La construcción visual, por ejemplo, del mundo que nos rodea es fruto de una larga elaboración psicológica, de la educación y la experiencia, es decir, de la asociación de impresiones que vamos recibiendo desde el comienzo de la vida. Originariamente la vista sólo percibe superficies diversamente coloreadas, sin apreciación de distancias. Después, y á medida que las experiencias se multiplican y se asocian y organizan las impresiones, va la vista fijando las distancias y precisando las formas y posiciones de los objetos, hasta construir el espacio visual en que sitúa los cuerpos, con sus dimensiones, relieves y distancias relativas. Los tonos diversos de iluminación y coloración de los objetos, la visión estereoscópica, el ángulo visual, los movimientos de los ojos, de la cabeza y de todo el cuerpo, que nos dan variedad de imágenes diferentes, según las distintas posiciones del observador frente á un mismo objeto, y además, las sensaciones musculares y táctiles (el tacto es el sentido educador de la vista), que asociadas á las visuales las precisan, completan y rectifican: he aquí el conjunto de factores que más principalmente intervienen en la construcción del espacio visual y en las formas de los objetos que contiene. Y lo mismo que de la vista puede afirmarse de los demás sentidos: ninguno nace educado, todos necesitan para ejercer normalmente sus funciones un largo período de aprendizaje, de lenta elaboración psicológica, y esto lo hace la asociación.

9.—Pero no es esta la cuestión: ya hemos dicho que la conciencia no crea nada enteramente nuevo; su función exclusiva es la de asociar y disociar los elementos de sus representaciones, cuyo origen está en la percepción. Porque ha

carecido de toda percepción visual, el ciego de nacimiento no tiene la menor idea de los colores, ni de las dimensiones y formas del espacio visual; su representación de las formas espaciales es exclusivamente táctil, sin asociación ninguna con la visual. Todas nuestras ideas y construcciones mentales se prolongan en la percepción, y de ahí que todas participen del carácter objetivo esencial á esta última.

La cuestión consiste en explicar el carácter de *exterioridad* que implica toda percepción, esta conciencia del *no yo* que tenemos en la sensación, de una realidad que se opone al sujeto como independiente de él. Esta idea de existencia exterior, y sobre todo la primera idea de objeto exterior, no puede crearla la asociación, que se limita á relacionar y combinar, unir ó separar los estados de conciencia. En el supuesto de que los elementos fueran exclusivamente subjetivos é interiores, la asociación no daría por resultado más que fenómenos subjetivos. La reunión de ciegos no puede producir la visión clara de las cosas. Pretender, pues, explicar la idea de exterioridad por la asociación de impresiones orgánicas, visuales y táctiles, con la idea de movimiento, es acudir á sensaciones de otro orden, es verdad, pero tan subjetivas como aquéllas, y que en último resultado en éstas se resuelven; es, por consiguiente, alejar la cuestión sin resolverla, y además una petición de principio, porque la idea de movimiento es en hipótesis tan subjetiva y sin ningún elemento de exterioridad como todas. En suma: todas las combinaciones posibles de fenómenos puramente subjetivos é interiores no pueden producir la idea de una realidad exterior.

¿Y en el sueño, se dirá, y en la locura y aun en las mismas percepciones normales, no objetivamos total ó parcialmente estados puramente subjetivos? Esto no es verdad; el trabajo de la imaginación y de los hábitos psicológicos completando las percepciones, las alucinaciones del loco y las representaciones imaginarias del que sueña dormido ó despierto no son estados puramente subjetivos, son, como todos

los materiales de la imaginación, residuos de percepciones anteriores conservados en la memoria, elaborados en la conciencia y asociados de manera más ó menos coherente y caprichosa; y las percepciones por ser pasadas no dejan de haber tenido su realidad como las actuales. Siempre será verdad que no hay sueños, ni alucinaciones, ni ilusiones de lo que nunca se ha percibido; así los ciegos y sordos de nacimiento careciendo totalmente de imágenes visuales ó auditivas, porque han faltado las percepciones respectivas, no padecen sueños ni alucinaciones correspondientes á estos sentidos.

La percepción exterior, psicológicamente considerada, es un resultado sintético de elementos objetivos (impresión actual), objetivo-subjetivos (imágenes integrantes de la sensación), y subjetivos (sentimiento ó creencia en la realidad). Ahora bien; qué es lo que determina la síntesis de estos elementos: ¿la actividad subjetiva de la conciencia? Evidentemente no: el dato primero y determinante de todo el proceso psicológico es siempre exterior y objetivo; la percepción es un movimiento de fuera á dentro, en que la conciencia se siente pasiva y dominada por una fuerza extraña á ella misma. La sensación objetiva sugiere hábitos imaginarios que la completan, avanzando en el mismo plano y formando un todo con ella; hábitos y asociaciones que, á su vez, fueron formándose por experiencias objetivas. Por último, el sentimiento ó creencia en la realidad no es atributo esencial de toda representación, puesto que el espíritu construye representaciones sin esta creencia, sino resultado de la acción real de las cosas actuando sobre el sujeto.

Es necesario, pues, considerar las percepciones como recepciones de formas y datos extrasubjetivos, que dan al espíritu la posesión de las cosas; no como construcciones puramente subjetivas é imaginarias, que la conciencia proyectaría fuera de sí. En este caso, nuestras experiencias de la realidad y la ciencia construida sobre ellas no serían ya invenciones subjetivas. Podrá el espíritu construir

mundos, combinando á su sabor las imágenes, dejándose llevar de los vuelos de la fantasía; soñar, por ejemplo, mundos habitados, describir costumbres supuestas de sus habitantes, forjar historias: ¿será esto obra de ciencia? ¿Es así como han procedido los sabios, todos estos pacientes buscadores cuyos trabajos siempre dominados por la observación de los hechos han llegado á descubrir las leyes del mundo real? Ciertamente que no. Entre uno y otro procedimiento hay la distancia que separa las ficciones de la novela, de la realidad positiva de la ciencia (1).

La vida psicológica es semejante á la de los organismos vivientes, que necesitan estar en relaciones permanentes con un medio físico, donde puedan adquirir los elementos asimilables para desenvolver su vida y para existir. La vida mental consiste también en una especie de asimilación continua de la realidad, no de un modo físico, sino *intencional* ó representativo; y esta asimilación de la realidad ó acumulación de experiencias de toda la vida organizadas en la conciencia es lo que constituye nuestra representación habitual del mundo. Y así como la materia de los organismos físicos ha sido asimilada del exterior, las representaciones de todo género que forman el organismo mental han debido ser elaboradas con el concurso de la realidad. Y de tal modo esto es así, que no hay representación sensible ó conceptual, por elevada que sea, cuyo origen no se prolongue en las percepciones, y por medio de éstas en la realidad. Así los conceptos y leyes generales de la ciencia no son fórmulas vacías, sino que están moldeadas sobre la realidad.

10.—Conclusión: tenemos *intuición directa, inmediata*, de una realidad extraconsciente que determina, limita y modela la actividad perceptiva de la conciencia y se impone á ésta como norma y medida. Nosotros *percibimos directamen-*

(1) Cf. Mercier: *Crétiologie*, pág. 339. — Véase todo el libro II de la *Filosofía fundamental*, de Balmes.

te la realidad como conjunto de objetos situados en un espacio objetivo, afectando formas espaciales diversas, resistentes, dotados de movimientos, etc. La percepción no es, pues, producto exclusivo del sujeto, sino una síntesis, no por inexplicable menos real, del sujeto y del objeto. El yo y el no yo nos serían dados, según la fórmula de Hamilton, «en una síntesis original, como unidos en la unidad de la conciencia; y, en una antítesis original, como opuestos en el contraste de la realidad» (1). En consecuencia, la *idea de objetividad exterior*, el sentimiento y la creencia en la realidad de los objetos de la percepción, no son estados puramente subjetivos, sino que proceden de una necesidad impuesta por la misma realidad.

¿Quiere esto decir que la función perceptiva de la conciencia se limite á registrar pasivamente las formas y modos de acción de las cosas, y que haya de interpretarse como reproducción ó copia exacta de propiedades existentes en las cosas? Cuanto á lo primero, ya se ha hablado de la labor del sujeto, completando é interpretando los datos de la sensación, de donde proceden los errores é ilusiones tan frecuentes de los sentidos. En cuanto á lo segundo, sin duda que los colores, los sonidos, etc., que nuestras percepciones nos dan como cualidades reales de los objetos, tienen su equivalente en modos de estos objetos, y á toda variación en las primeras responde otra proporcional en los segundos; ¿pero esta equivalencia implica además semejanza? ¿Podría afirmarse que las cualidades llamadas *secundarias* sean traducción fiel de otras análogas inherentes á las cosas? ¿Qué semejanza puede imaginarse entre ellas y las varias formas de movimiento con que la ciencia *parece* interpretar todas estas cualidades de las cosas; entre los colores, por ejemplo, y las vibraciones transversales del éter; entre los sonidos y las ondulaciones aéreas? ¿No pudiera creerse que la conciencia vive en estos casos de *apariencias*, percibiendo en las

(1) Cf. Stuart Mill: *Philosophie de Hamilton*, pág. 178.

cosas lo que no hay, y no percibiendo lo que realmente hay en ellas? Indudablemente que es necesario admitir un cierto relativismo en nuestras percepciones del mundo exterior; ¿pero hasta dónde debe llegar éste relativismo? ¿Podrá concluirse con Balmes que «la belleza de los colores, la armonía de los sonidos... están en nosotros», de tal modo que «el mundo sea un conjunto de objetos que nada parecido encierran á estos fenómenos del sér viviente», y que «la naturaleza, si se le quita la relación con el sér viviente, quede convertida en un abismo de silencio y de tinieblas»? (1). Esta conclusión no parece justificada. No hay que olvidar el sentido y el valor de los datos de la ciencia, la cual se ocupa solamente en la *cuantidad*, en la determinación mecánica de los fenómenos, con exclusión de la *cualidad*. Pero el mecanicismo de la ciencia es solamente una abstracción, un *método*, no una teoría de la realidad (2).

(1) *Filosofía elemental*. — *Estética*, núm. 72.

(2) «Cuando una teoría científica escribe Poincaré —pretende enseñarnos lo que es el calor, lo que es la electricidad, lo que es la vida, está *ipso facto* condenada.» Esta actitud será ó no legítima; pero actualmente los científicos á ella se atienen. Y en cuanto á la cuestión concreta, lo que se puede asegurar es que si nunca la física ha creído poseer la prueba de que las «cualidades físicas» se reduzcan efectivamente, y en verdad, á movimientos, de hecho hoy no lo cree. — Cf. J. M. Darío, *Revue critique de Cosmologie*, en la *Rev. de Phil.*, año 19 9, vol. II, pág. 390.

«El eminente historiador de las teorías físicas Duhem, cree necesario volver á las ideas fundamentales de la física aristotélica. En su obra *L'évolution de la mécanique*, dedica un capítulo á la cualidad entendida en el sentido escolástico y dice: «Tratar de reducir á figuras y movimientos todas las propiedades de los cuerpos, parece una empresa quimérica, sea porque semejante reducción habría de obtenerse á costa de complicaciones imposibles de imaginar, sea también porque estaría en contradicción con la naturaleza de las cosas materiales. Creemos, pues, necesario no restringir nuestra física á los elementos puramente cuantitativos de que trata el geómetra, y admitir que la materia tiene sus *cualidades*; sin temor á las acusaciones de volver á las *virtudes ocultas*, nos vemos obligados á conce-

«Estamos en una época de transición entre una interpretación tradicional de los hechos sensitivos, basada en gran parte sobre los resultados de una experiencia vulgar, y una interpretación nueva, cuya necesidad todo el mundo siente, que sea capaz de abarcar en una síntesis más comprensiva los resultados de la ciencia y las informaciones naturales del sentido común ó de la conciencia. Hay en la ciencia muchos puntos por esclarecer, y no es necesario ser profeta para predecir que muchas contradicciones aparentes del presente entre las observaciones objetivas de la fisiología y las afirmaciones subjetivas del sentido común, se disiparán por sí mismas á la luz de descubrimientos más exactos que nos reserva el porvenir.» (1).

bir como una *cualidad primera é irreductible*, aquello, v. g., por lo que un cuerpo está caliente ó iluminado, ó electrizado, ó imantado; en una palabra, renunciando á las tentativas sin cesar renovadas después de Descartes, nos vemos obligados á relacionar nuestras teorías con las nociones esenciales de la *física aristotélica*»

(1) Mercier: *Psychologie*, 5.ª ed., pág. 136.